



Coronando el deseo visceral de vivir

Antonio Aramayona

Germaine Tillion (1907-2008) llevaba catorce meses en las cárceles francesas, detenida por colaborar activamente con la Resistencia durante la ocupación nazi de Francia. Un traidor la delató en agosto de 1940, pero Germaine resolvió mantener incluso allí la dignidad y la coherencia, ateniéndose y guiándose por las normas y reglas que se había dado a sí misma. Además, se lo tomó con bastante humor, utilizando su capacidad de reírse de sí misma y de lo que le acontecía. De hecho, ya había dirigido en tono satírico-humorístico un escrito al tribunal que la condenó.

■ ■ En el campo de concentración se puso a prueba su "*deseo visceral de vivir*"

En la cárcel seguía amando a Francia y al Aurés argelino donde había estado trabajando como etnóloga, pero sobre todo sufría por los familiares y los compañeros ante la incertidumbre de lo que les pudiese pasar y muy especialmente con la ejecución de cada uno de sus compañeros de lucha en la Resistencia.

Sin embargo, una noche su sufrimiento no tuvo límites. Había sido deportada al campo de concentración nazi de Ravensbrück, donde puso a prueba lo que Germaine llamaba “deseo visceral de vivir”. En la mañana del tres de febrero de 1944, todas las mujeres en formación, al pasar lista, descubrió que su madre, Émilie, estaba también en el campo de Ravensbrück, detenida por haber alojado a paracaidistas ingleses, siguiendo así la estela de su hija, por lo que Germaine se sintió responsable y culpable de la suerte que pudiese correr su madre. Una noche, enferma, con fiebre muy alta, Germaine se enteró de que su madre había sido llevada a la cámara de gas por tener ya el pelo blanco. El sufrimiento de Germaine fue inenarrable.

Germaine dejó escrito más tarde: “Aquella noche, después de mucho pensarlo, decidí vivir”. Para ella, existir será resistir, denunciar el horror de la inhumanidad existente en el mundo, informar también de lo que estaba aconteciendo en aquel campo de exterminio. Cuando salió liberada de Ravensbrück en abril de 1945 quedó sumida en uno de los estados de ánimo peores de su vida: “cansancio absoluto y una lúgubre desesperación” versus el “deseo visceral de vivir”. Al salir del campo, al margen ya de cualquier creencia religiosa, rememora el salmo 129 y escribe: “Desde el fondo del abismo te llamamos y no respondiste”. En la vida de Germaine reina el silencio.

Desde entonces, su vida es un compromiso constante, incomprendido a veces por otras personas, con las víctimas de los gulags soviéticos, la tortura y la barbarie durante la guerra de Argelia, Palestina, Irak...

□ Musitando “veo las cimas que se juntan”, cerró los ojos y durmió para siempre.

En pleno fondo del abismo, aún en el campo de exterminio de Ravensbrück, se escondía en cualquier rincón, sobre todo en una caja de cartón, donde escribió durante varios meses una opereta satírica sobre la dura vida en el campo de exterminio (*Le Verfügbar aux enfers*), pura parodia de una cotidianidad cruel y sin sentido. Una vez más, escribir, reflexionar y tomar distancia de tanta barbarie alimentan su “deseo visceral de vivir”. Vivir, se repite Germaine, es resistir, denunciar, reivindicar sin descanso. Sus compañeras de campo dejan así de ser por unos momentos meras víctimas, evadidas ya de su desventura mediante aquella risa liberadora. Seguramente Germaine se hubiese reído a carcajadas si alguien le hubiera dicho que el 27 de mayo de 2015 haría su entrada en el Panthéon de París. «Aux grands hommes la patrie reconnaissante», está grabado en su frontispicio.

Germaine Tillion había llegado a su particular Sangri La a los 101 años de edad. 101 años caminando, buscando un valle de felicidad y de paz. “Veo las cimas que se juntan”, se dijo, con una sonrisa final. “Cada persona sabe cuándo ha arribado a su Sangri La, salvo quienes están empeñados en contemplar solo sus propias alucinaciones”, musitó. Era un sábado de abril de 2008. Germaine cerró sus ojos y se quedó dormida. Muriendo, coronaba así su “deseo visceral de vivir”. ■

